

Quo vadis, Europa?

NICOLAS LEVRAT
JENARO TALENS

Quo vadis, Europa?

CÁTEDRA *+media*

Directora de la colección: Pilar Carrera

1.ª edición, 2021

Ilustración de cubierta: Iñaki Saiz Roiz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Nicolas Levrat y Jenaro Talens, 2021
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 21.746-2021
I.S.B.N.: 978-84-376-4328-1
Printed in Spain

Prólogo

La pregunta *Quo vadis?* tiene un significado especial en el proceso de integración europea. La razón es simple: a diferencia de las agrupaciones políticas nacionales que hunden sus raíces¹ en mitos y valores fundacionales (un pueblo, un destino, unos acontecimientos históricos de carácter simbólico), el proyecto europeo — eminentemente político y cultural, como veremos— se ha imaginado deliberadamente como un viaje, una aventura y no como un edificio con contornos y funciones definidas. Al plantear esta cuestión, no se trata simplemente de preguntar por el destino de un proyecto u objeto conocido, sino de cuestionar la esencia misma de la Unión Europea. Por eso el interrogante es esencial, existencial². Por eso, también, debemos, aquí y ahora —lo que no eximirá a otros de tener que hacerlo de nuevo después de nosotros— responder a esta pregunta.

¹ Nicolas Levrat y Jenaro Talens (eds.), «Les racines plurielles de l'Europe», número especial de la revista *EU-topías. A Journal on Interculturality, Communication and European Studies*, vol. 6, 2013, 69-149.

² Véase Nicolas Levrat, «L'Europe est dans la question», en Korine Amacher y Nicolas Levrat (eds.), *Jusqu'où ira l'Europe*, Louvain-la-Neuve, Bruylant-Academia, 2005, págs. 43-49.

Es este cuestionamiento permanente, esta indeterminación asumida, lo que hace de la integración europea —y de su forma actual, la Unión Europea— un proyecto político diferente y revolucionario. Y no, como todavía se oye con demasiada frecuencia, por el hecho de que sea una construcción reciente; un tercio de los Estados miembros de la UE dio paso a Estados soberanos después de iniciarse el proyecto europeo³. Sin embargo, el modelo que encarnan, el Estado-nación, tiene más de dos siglos de antigüedad. Este no es el caso de la UE; no reproduce un modelo, sino que intenta inventar uno nuevo.

La Unión Europea actual tiene poco que ver con el proyecto iniciado en 1950 por los «padres fundadores» (véase anexo 1). Precisamente porque el proyecto no se ha modelado sobre una matriz preexistente; es el producto de «esfuerzos creativos»⁴, lo que significa que «Europa no se construirá de una sola vez, ni en una construcción global»⁵. Incluso hoy, en su forma actual, la UE es solo «una nueva etapa en el proceso de creación de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa». Esto es⁶ lo que justifica, a pesar de las imperfecciones, las decepciones e in-

³ Se trata de Chipre, Croacia, la República Checa, Estonia, Letonia, Lituania, Malta, Eslovaquia y Eslovenia (véase la nota 29 para más detalles).

⁴ Como dice la primera frase de la «Declaración Schuman» del 9 de mayo de 1950: «La paz mundial no puede salvaguardarse sin un esfuerzo creativo a la altura de los peligros que la amenazan».

⁵ Quinta frase de la «Declaración Schuman» del 9 de mayo de 1950.

⁶ Tratado de la Unión Europea, art. 1.2.

cluso los errores, que la dinámica se renueve y el proyecto continúe.

UNA REMINISCENCIA HISTÓRICA...

El 12 de mayo de 2000, Joschka Fischer, el entonces ministro de Asuntos Exteriores alemán, tituló un discurso en la Universidad Humboldt de Berlín como el libro que el lector tiene en sus manos: «Quo vadis, Europa?».

Este discurso, pronunciado en los primeros albores del tercer milenio, pretendía «contribuir a un debate que desde hace tiempo se desarrolla en la opinión pública sobre la «finalidad» de la integración europea, sobre su «finalización»; [y, para decirlo brevemente, Joschka Fischer respondió a su pregunta:] «solo puede haber una respuesta para los europeos si piensan en su propio bien y en el de sus hijos: Europa debe seguir adelante para completar su integración»⁷.

Este discurso tuvo una enorme repercusión en Europa y permitió a los europeos iniciar un ejercicio de negociación sin precedentes, con la convocatoria de una «Convención sobre el futuro de Europa», cuyos trabajos culminarían el 29 de octubre de 2004 con la firma, con gran pompa, de un *Tratado por el que se establece una Constitución para*

⁷ La traducción completa al francés de este discurso está disponible en la página web del Senado francés: https://www.senat.fr/europe/avenir_union/fischer_052000.pdf.

*Europa*⁸. Para los europeos y sus dirigentes nacionales, este tratado pretendía cerrar un ciclo que comenzó en diciembre de 1991 en Maastricht con la adopción de un *Tratado de la Unión Europea*⁹.

Diciembre de 1991 no solo fue el mes de la conclusión del Tratado de Maastricht¹⁰. También fue el mes del fin y la disolución de la URSS, así como del estallido de los conflictos en el territorio de lo que había sido la República Federal Socialista de Yugoslavia. En respuesta a estos múltiples retos, los Estados miembros de las Comunidades Europeas —que entonces eran doce— crearon una «Unión Europea»¹¹, y emprendieron el camino hacia una moneda única (que se convertiría en los billetes y monedas de euro una década después).

⁸ Publicado en el *DOUE* C 310 de 16 de diciembre de 2004.

⁹ Publicado en el *DOUE* C 191 de 29 de julio de 1992.

¹⁰ El acuerdo político se alcanzó en la Cumbre de Maastricht del 10 de diciembre de 1991. Tal y como indican las conclusiones de la Presidencia: «Las Conferencias Intergubernamentales sobre la Unión Política y sobre la Unión Económica y Monetaria, reunidas a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno, llegaron a un acuerdo sobre el proyecto de Tratado de la Unión Europea sobre la base de los textos (SN 252/1/91) sobre la Unión Política y sobre el proyecto de Tratado de la Unión Económica y Monetaria. La redacción jurídica final y la armonización de los textos se llevarán a cabo para que el Tratado pueda firmarse a principios de febrero de 1992 (doc. SN 271/1/91, pág. 2). Por ello, la fecha oficial de la firma del Tratado es el 7 de febrero de 1992.

¹¹ Como veremos, la UE solo aparece formalmente con el Tratado de Maastricht (en 1992) de forma embrionaria. El formulario actual data de diciembre de 2009.

El año 1991 fue un «momento de aceleración de la historia», que puso fin a una breve secuencia que comenzó en 1989 con el fin de la división del continente europeo (caída del Muro de Berlín) y continuó con la reunificación alemana (octubre de 1990). Todos estos acontecimientos, de importancia mundial, son sin embargo hechos que tuvieron lugar (al menos parcialmente en lo que respecta al fin de la URSS) en territorio europeo. Y que, por tanto, exigían a los europeos un importante reajuste del proyecto lanzado por Jean Monnet y Robert Schuman en 1950.

Hoy, ninguno de los dos firmantes de este volumen somos ni alemanes ni ministros de Exteriores de ningún país. Solo somos dos intelectuales que enseñan e investigan desde hace años en un país europeo, pero no integrado en la UE (Suiza)¹², apasionados y fascinados por Europa. Europa —su Unión, su desunión, su historia, su complejización, sus instituciones, sus éxitos, sus tartamudeos, sus pasos en falso, sus raíces, sus identidades— ha ocupado gran parte de nuestras vidas y de nuestro trabajo académico. Intentamos comprender y transmitir este deseo de Europa a nuestros alumnos, colegas y conciudadanos.

¹² Ambos, profesores de la Universidad de Ginebra; uno (Nicolas Levrat), catedrático de Derecho Europeo, y el segundo (Jenaro Talens), catedrático emérito de Literaturas Hispánicas y Literatura Comparada, y ambos, miembros, primero, del Instituto Europeo, y, más tarde, tras su reconversión, del Global Studies Institute de la misma Universidad, del que Nicolas Levrat es, en la actualidad, director.

Ambos somos conscientes de que este año 2021 puede ser un nuevo momento de especial densidad histórica, que llame a los europeos a tomar de nuevo su destino en sus manos —como esperaba y deseaba Joschka Fischer en el año 2000— y a reafirmar y relanzar su proyecto, necesariamente común, necesariamente europeo. El 9 de mayo de 2021 se lanzó una «conferencia sobre el futuro de Europa» precisamente con este fin. ¿Significa esto, como dijo Fischer en 2000, que Europa debe «perfeccionar su integración»? No es necesariamente lo que pedimos, porque la integración europea es hoy, como lo fue cuando se concibió, un esfuerzo, un proceso político y social en marcha, y como tal debe proseguirse, sin esperar que se complete. La Europa que vemos, que examinamos, que soñamos, es una dinámica, no un estado de perfección. Ni tampoco, por cierto, un Estado.

... DE LA QUE NO DEBEMOS TENER NOSTALGIA...

No ignoramos que la dinámica lanzada por el discurso de Berlín en 2000 fracasó estrepitosamente con el rechazo de la mayoría de los votantes franceses y holandeses en 2005 al «Tratado por el que se establece una Constitución para Europa». Independientemente del Tribunal de Justicia de la Unión Europea (véase anexo 2) y de la comunidad de profesores de derecho europeo que repiten como un mantra que los tratados son la constitución de la UE, el electorado europeo, o al menos una mayoría de él en dos Estados fundadores de la UE, rechazó democráticamente la idea de

una Constitución europea¹³. El «modelo» propuesto por la Convención sobre el Futuro de Europa en 2004 —presidida por un expresidente de la República Francesa (Valéry Giscard d'Estaing) que soñaba en voz alta con crear unos Estados Unidos de Europa según el modelo federal estadounidense (un modelo que data de 1787¹⁴ y cuyas instituciones no van nada bien a principios de enero de 2021)— era una quimera monstruosa y disfuncional. Era nada menos que el prototipo de un Estado europeo, que los ciudadanos franceses y holandeses abortaron.

Los líderes políticos europeos reconocieron este hecho, aunque con cierta dificultad, el 25 de marzo de 2007. A continuación, se reunieron en una cumbre en Berlín para celebrar el 50º aniversario del Tratado de Roma (por el que se creó la CEE, un tratado que la Constitución para Europa de octubre de 2004 debería haber derogado). A continuación, señalaron que los tratados que están en la base de la Comunidad Europea y de la Unión Europea podían simplemente modificarse, como ya se ha hecho en varias ocasiones¹⁵. El objetivo declarado ya no era establecer una especie

¹³ El 29 de mayo de 2005, el 54,68 por 100 de los votantes franceses rechazaron el CETA en un referéndum. El 1 de junio de 2005, el 61,54 por 100 de los votantes holandeses votaron en contra de la adopción del Tratado.

¹⁴ Fecha de la adopción de la Constitución Federal de los Estados Unidos de América, que no se ha modificado mucho desde entonces.

¹⁵ El Tratado de Maastricht (véase la nota 10) revisó fundamentalmente los tratados comunitarios y estableció la UE. Transformó profundamente la forma de llevar a cabo el proyecto europeo, pero también creó

de Estado o Federación¹⁶ Europea, sino «simplemente»¹⁷ marcar «una nueva etapa en el proceso de creación de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa, en la que las decisiones se tomen de la manera más abierta y cercana a los ciudadanos». El abandono de la «gran ambición europea»¹⁸ por parte de los dirigentes —y el retroceso a la idea, ciertamente tranquilizadora pero poco innovadora, de un Estado europeo anclado en este tratado constitucional— había sido salvado por la lucidez de los votantes franceses y holandeses. De hecho, renunciar al Estado europeo mientras se persigue el proyecto europeo es una ambición aún mayor, y mucho más cercana al diseño original.

La perseverancia en esta perspectiva dinámica nos parece central y, de hecho, esencial para el futuro de Europa.

desequilibrios estructurales. Por ello, fue revisado por el Tratado de Ámsterdam (1997) y luego por el Tratado de Niza (2001). Las revisiones de los tratados entre 1987 (Acta Única Europea) y 2007 (Tratado de Lisboa) fueron una práctica frecuente.

¹⁶ Ese mismo año, Olivier Beaud publicó una *Théorie de la Fédération* (París, PUF, 2007), que pretende definir la Federación como una construcción política propia, fundamentalmente diferente de las construcciones estatales, cuya materialización sería la Unión Europea —volveremos sobre ello más adelante (véanse págs. 109-115).

¹⁷ Evidentemente, nuestros alumnos renegarán de esta descripción, ya que, como estamos obligados a mostrarles en nuestras clases, este cúmulo de tratados europeos que se complementan, se enmiendan y se modifican mutuamente ha construido un conjunto institucional y político abominablemente complicado...

¹⁸ Artículo 1.2 del Tratado de la Unión Europea, revisado por el Tratado de Lisboa.

A menudo se describe a Europa como un «viejo continente», y su demografía no lo niega. Si la edad es a menudo una fuente de sabiduría, también puede ser el preludio de la decadencia, incluso de la decrepitud. Pero la Europa que queremos, como una persona mayor, no tiene un destino inevitable de decadencia. Por el contrario, una dinámica puede combinar los activos de la edad (la larga historia de Europa y la considerable influencia que ha tenido en el mundo actual) con el entusiasmo de la adolescencia (la juventud y la insolencia innovadora del proyecto político europeo). Esto es lo que el proyecto europeo debe, necesariamente, permitir y producir. Sobre ello escribimos en este breve libro.

Sabemos que la Europa de 2021 no es la Europa de 2000.

En el año 2000 había 12 Estados miembros. Hoy hay 27, es decir, más del doble.

Es también —y esto es una gran novedad— no solo el resultado de la incorporación de nuevos Estados miembros (16 nuevos Estados miembros desde el año 2000), sino también de la retirada, el 31 de enero de 2020, de un gran Estado miembro, el Reino Unido.

Evidentemente, tomamos nota del hecho de que, al tiempo que la propia Unión Europea se ha visto sumida en una crisis política y existencial por no haber conseguido dotarse de una Constitución, también se ha visto confrontada a una serie de grandes crisis (externas):

- una crisis de la deuda soberana (principalmente entre 2009 y 2013) que vio cómo la moneda única, el euro, se tambaleaba pero resistía;

- una crisis migratoria desde 2015, y a la que estamos respondiendo colectivamente de forma absoluta y escandalosamente inaceptable;
- una pandemia sin igual en 2020, que hace tambalear no solo el sistema económico sobre el que se asienta la Unión Europea (liberalización del comercio de bienes, servicios y capitales, así como la libre circulación de personas en un mercado interior sin fronteras nacionales), sino el propio tejido de las sociedades europeas.

Por no hablar de los retos geopolíticos, como:

- el despertar del poder ruso ante el ambicioso acuerdo de asociación que la UE había propuesto a Ucrania en 2013;
- el *Brexit*, que por primera vez invierte, aunque sea «localmente» en una isla y un poco más¹⁹ localizada en el norte del continente, la dinámica de la integración europea;
- el distanciamiento duradero de Turquía del proyecto europeo, y los retos de seguridad que esto supone para la UE (en relación con los flujos migratorios y la política de defensa dentro de la OTAN);

¹⁹ Nos referimos aquí a la complejísima situación de Irlanda del Norte, que, aunque forma parte del territorio geográfico de la isla de Irlanda, actualmente está integrada en el Reino Unido, con un estatus muy especial tras el Acuerdo de Belfast del Viernes Santo de 1998.

- la tentación aislacionista del socio y protector estadounidense, evidente bajo la administración Trump, para ser reevaluada bajo la administración Biden.

Para añadir peso a esta acumulación de crisis externas, podemos referirnos al ascenso de fuerzas políticas abiertamente antieuropeas en muchos países europeos.

Sin embargo, todas estas crisis y desafíos no han puesto de manifiesto, como muchos imaginaban, la fragilidad de la unión política europea. Por el contrario, esta sucesión de crisis arroja luz sobre la asombrosa resistencia del proyecto. Por poner un ejemplo: es muy probable que el proceso del Brexit ponga en peligro la unidad del Reino Unido, más que la de la UE. ¿Quién habría apostado por ello?

... PARA PROSEGUIR JUNTOS LA AVENTURA EUROPEA...

De hecho, y en contra de lo que han podido escribir los agoreros de toda laya, la Unión Europea no se tambalea. No está en su ocaso, sino todo lo contrario. Las crisis que vive Europa son crisis de adolescentes. Y en la inmensa mayoría de los casos —también hay casos trágicos en los que el ser no sobrevive a los tormentos excesivos de la crisis adolescente— la salida de la adolescencia pasa por el paso a la edad adulta.

Si la salida «feliz» de la crisis de la adolescencia para los mamíferos bípedos que somos es el paso a la edad adulta —con diversas formas de reproducción de (o de oposi-

ción a) el modelo encarnado por los padres—, es más que dudoso que la UE salga de su crisis de identidad reproduciendo el modelo de quienes la parieron, es decir, seis Estados europeos, tal como eran en los años 50 o como han evolucionado después. Tampoco parece que se esté avanzando hacia un modelo radicalmente opuesto a los logros nacionales, como pueden soñar algunos intelectuales²⁰. Y si el fin de la crisis de la adolescencia debería implicar, a pesar de nuestras dudas, el paso a un sistema institucional inspirado en un modelo de Estado, ¿qué modelo debería ser?, ¿el modelo federal alemán?, ¿el modelo republicano francés?, ¿el modelo parlamentario británico (que, a pesar del Brexit, muchos actores y observadores siguen considerando construir en torno a un mayor papel del Parlamento Europeo)? ¿Un modelo más complejo, basado en compromisos inestables entre visiones fundamentalmente diferentes del proyecto de sociedad común, como podemos ver en Bélgica o España? De hecho, una de las características de una construcción nacional es precisamente definir un modelo propio, que encarna una identidad nacional distinta de otras identidades nacionales. Sin embargo, es dudoso que incluso una UE madura se base, como la mayoría de los Estados, en la identidad de una nación²¹.

²⁰ Véase, en particular, Denis de Rougemont, «De l'Europe des États coalisés à l'Europe des peuples fédérés», *Schweizer Monatshefte*, 58, 1978.

²¹ Véase también Liah Greenfeld, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1992) (hay traducción española: *Nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad*, Madrid,

Por supuesto, se han propuesto modelos alternativos a una construcción de tipo nacional. Una «federación de Estados-nación» (Jacques Delors)²², una federación (Olivier Beaud)²³, una democracia cosmopolítica (David Held)²⁴, una democracia posnacional (Jürgen Habermas²⁵, Jean-Marc Ferry)²⁶ o incluso una sociedad europea totalmente despolitizada —¿como si en este último caso la emancipación de los europeos de sus Estados nacionales pudiera representar una emancipación de la política comparable a la que las sociedades europeas habían logrado respecto a la religión con el paso a la modernidad! ¿O una Europa de las regio-

Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005). Este libro demuestra que la constitución de las «grandes» naciones tal y como las conocemos hoy (Alemania, Estados Unidos de América, Francia, Italia y Reino Unido) se hizo con fórceps, lo que ya no sería posible en este momento, sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de las garantías europeas e internacionales de los derechos fundamentales de las personas y de los derechos de las minorías (que están expresamente garantizados por el artículo 2 del TUE, al igual que las identidades nacionales por el artículo 4 del TUE).

²² Véase Gaëtane Ricard-Nihoul, *Pour une Fédération européenne d'États-nation: la vision de Jacques Delors revisitée*, Bruselas, Lacier, 2012.

²³ *Théorie de la Fédération*, París, PUF (col. Léviathan), 2007.

²⁴ *Cosmopolitanism. Ideals and Realities*, Cambridge, Polity Press, 2010 (hay traducción española: *Cosmopolitismo. Ideales y realidades*, Madrid, Alianza, 2012).

²⁵ *The Crisis of the European Union. A Response*, Cambridge, Polity Press, 2012.

²⁶ *Europe, la voie kantienne. Essai sur l'identité postnationale*, París, Éd. du Cerf, 2005.

nes²⁷, en la que la recomposición del poder no solo tendría lugar a nivel europeo, sino simultáneamente mediante la superación de los Estados europeos²⁸ «desde arriba» (UE) y «desde abajo» (regiones)? O, como reclama ahora el presidente francés (Emmanuel Macron) con mucho pulso y florituras retóricas, una Europa soberana, capaz de defender sus intereses en un mundo global hostil, en el que la Unión Europea se enfrentaría sobre todo a unos Estados Unidos distantes e indiferentes, una China emergente y ambiciosa, y una Rusia ciertamente insignificante desde el punto de vista económico, pero peligrosa desde el punto de vista militar, por no hablar de una Turquía que —ante el desdén y la dilación de los propios europeos— se ha desprendido de un posible destino europeo y se ve como una potencia regional competidora?

... EN LA DIRECCIÓN CORRECTA

Emmanuel Macron tiene en su propuesta un elemento que es completamente correcto, y otro que es tan erróneo como relevante el primero. El elemento correcto es que la

²⁷ Se trata de una retórica que llevaba la Asamblea de las Regiones de Europa, fundada en 1985, pero que ahora está perdiendo terreno. Consulte el sitio web <http://www.aer.eu/fr/>, o N. Levrat, *L'Europe et ses collectivités territoriales. Réflexions sur le pouvoir local dans un monde global*, Bruselas, PIE-P. Lang, 2005.

²⁸ Véanse, en particular, los numerosos escritos de Denis de Rougemont sobre el tema. Una de las más explícitas: «Hacia una Federación de Regiones», en *La Révolution Fédéraliste*, París, Presses d'Europe, 1969, págs. 57-80.

geopolítica mundial ya no es aquella en la que nació el proyecto de las Comunidades Europeas (la posguerra de los años 50), ni aquella en la que se desarrolló la Unión Europea (el «triumfo» del liberalismo de los años 90).

La ONU estaba compuesta por unos 50 Estados al final de la Segunda Guerra Mundial, pero hoy cuenta con casi 200 (193, para ser exactos). El número de Estados miembros europeos en la década de 1950 representaba una quinta parte de los miembros de la ONU; ahora solo representan una séptima parte (14 por 100), aunque el número de Estados europeos ha aumentado considerablemente desde entonces²⁹. El descenso no parece espectacular, pero no deja de ser significativo.

El bajo crecimiento demográfico de Europa —que sigue siendo positivo debido principalmente a la inmigración— hace que si en 1950 (año de la Declaración Schuman) los europeos representaban el 21,7 por 100 de la población mundial, en 2019 solo serán el 9,7 por 100. La «pérdida» de colonias y una mejor redistribución del valor

²⁹ Han surgido como «nuevos Estados europeos» desde 1945: Bosnia y Herzegovina (1993, de la República Federativa Socialista de Yugoslavia —en adelante, RFSY—), Croacia (1993, de la RFSY), Estonia (1991, de la URSS), Kosovo (estatus disputado; aún no admitido en la ONU; de la RFSY), Letonia (1991, de la URSS), Lituania (1991, de la URSS), Macedonia [Norte desde 2019, antes de ser reconocida oficialmente como ARYM] (1993, de la RFSY), Moldavia (1991, de la URSS), Montenegro (2006, de la RFSY), República Checa (1992, de Checoslovaquia), Serbia (1993 —cambio de nombre en 2006—, de la RFSY), Eslovaquia (1992, de Checoslovaquia), Eslovenia (1993, de la RFSY).

añadido también han hecho que Europa pierda peso económico, aunque el éxito del mercado interior haya limitado esta erosión, ya que la cuota de la UE en el PIB mundial ha pasado de un 23 por 100 aproximadamente en los años 60 a un 18,5 por 100 en 2018. Sin embargo, la dinámica económica de la globalización no juega a favor de Europa.

De forma aún más explícita, el «directorio global» constituido por el G7, ahora suplantado por el G20 (véase anexo 3), ilustra esta pérdida de influencia de Europa. Instituciones informales formadas por las mayores economías del mundo, estos foros de decisión reúnen a las principales potencias económicas, que intentan coordinar ciertas decisiones importantes, especialmente en el ámbito económico o la transición climática. En 1975, cuando se creó el G7, los Estados europeos eran cuatro de las siete principales potencias económicas del mundo (Alemania, Francia, Italia y Reino Unido). En 1999, cuando se creó el G20, todavía había 4 Estados europeos entre los 20... Hemos pasado del 57 por 100 del tablero al 20 por 100. Esto es significativo; por tanto, tiene razón el presidente francés al afirmar que el lugar y el papel de Europa se están erosionando. Eso es un hecho.

¿Significa esto que debemos reaccionar ante este estado de cosas creando una Europa poderosa? ¿Una Europa soberana? ¿Sería eso efectivo? ¿No significaría una renuncia a los valores fundamentales que presidieron la concepción y el desarrollo del proyecto europeo?

En las páginas siguientes, intentaremos demostrar que el proyecto europeo es interesante precisamente porque no

se inscribe en esta lógica de poder militar o económico. Que el proyecto europeo, en la medida en que los europeos se atrevan a seguir persiguiéndolo, es un proyecto de transformación de la sociedad. No la reproducción a mayor escala de los modelos de sociedad que nos legaron los siglos XVIII, XIX y XX, sino precisamente la innovación de una *sociedad europolítica*, es decir, cosmopolítica, pero a escala europea.

Por supuesto, la visión que defendemos a continuación es solo una de las muchas posibles. Pero nos parece que merece atención y cuidado. Como decíamos más arriba, la nueva Europa es todavía un adolescente frágil, no un ser robusto y hecho y derecho. Todavía tiene que descubrir su propia capacidad de movilización, por lo que aún merece algo de paciencia y oportunidades para desarrollarse. Esto no quiere decir que nos encontremos entre los eurobots para los que la defensa de la Unión Europea tal y como es hoy es una cruzada. No somos cruzados; las cruzadas no fueron muy buena idea, por decir algo, como tampoco lo es la yihad hoy en día (que no es más que una imagen adaptada a las «técnicas de combate» contemporáneas). No se trata, pues, de imponer el proyecto europeo con fórceps, ni a los europeos ni al resto del mundo. Los pocos intentos de unificación europea de este tipo —la Europa napoleónica, los sucesivos Reichs alemanes— no han tenido éxito, y nos parece muy poco acertado proponer un proyecto basado en estas matrices.

Por el contrario, el reconocimiento y la comprensión de la singularidad, de la novedad revolucionaria del proyecto de integración europea debería pensarse también como un

proyecto cultural, como ocurre en el mundo del arte, donde los hechos se imponen mediante la adhesión. Cuando una nueva tendencia artística consigue imponerse, no es por la fuerza o la coacción. Es porque en algún momento permite a algunas personas de la comunidad entender que otra visión, otra forma de expresar las percepciones, los sentimientos, puede tener sentido. Creemos que el éxito del proyecto europeo vendrá de un movimiento de este tipo. Y esa es la dificultad y la paradoja. La continuación y el éxito del proyecto europeo es un proyecto que ya no puede ser político. Pero su objetivo es precisamente «hacer política» liberándose de los códigos y la gramática de la política tal y como se han desarrollado desde Maquiavelo³⁰. Por eso es difícil. Por eso es confuso. *Quo vadis, Europa?* Lejos, muy lejos, a costas y tierras desconocidas donde creemos que otra forma de habitar el planeta es posible. Y que el proyecto de integración europea —que no se limita en absoluto a la liberalización de los intercambios económicos o a la promoción de una competencia libre y no distorsionada, que solo han sido medios para un fin más fundamental— es un prototipo viable e interesante.

Ginebra, primavera de 2021

³⁰ Niccolò di Bernardo dei Machiavelli, *Il Principe*, 1532.